

Miércoles 19 de diciembre de 1997

Ulises Yllán llevaba mucho tiempo despierto; sumido en la oscuridad de su habitación lidiaba con la redacción mental del mensaje que le haría llegar más tarde a Ireneo, su hermano. Antes de las cinco de la mañana presionó el botón que evitaría el timbre del despertador. Le hubiera gustado que su cerebro contara también con un mecanismo que, al desconectarlo, lo aliviara de padecer el malestar y la incertidumbre que lo acompañaban desde meses atrás. Se levantó y lavó su cara con agua fría con la intención de despabilarse por completo. Dispuesto a cumplir su rutina diaria se hincó en su pequeño reclinatorio y, frente a la cruz que colgaba de uno de los muros, empezó a rezar. Desde que entró al noviciado sus oraciones personales cronometraban cincuenta minutos. Tal exactitud era producto del apego al orden absoluto exigido dentro de la Compañía de Jesús.

Una vez cumplido el rito diario, el que esa mañana muy a su pesar realizó sin plena convicción, se dedicó a ordenar su cuarto y, cuando todo quedó en su lugar, encendió su computadora, dispuesto a escribir el

correo que ya había redactado en sus recientes horas de insomnio.

Hermano:

El Señor lo permita, te encuentres en buen estado.

Confieso mi consternación al distraerte de tus obligaciones que son muchas y de gran importancia para la Compañía. Ser la mano derecha del padre Kraff es ya una labor importante. Soportar su ánimo es de santos.

En correos anteriores te he hablado del estado que guarda mi labor con los jóvenes de la pastoral. Como bien lo sabes, para esta Navidad he organizado el primer retiro espiritual de mis discípulos, los que por diversos motivos se encuentran entusiasmados por esta novedosa experiencia que les permitirá, entre otras cosas, evaluar un año de trabajo en la pastoral de la Compañía y meditar sobre su personal proyecto de vida. Sin embargo, a pesar de haber planeado con detalle nuestro encuentro, estoy frente a la posibilidad de suspenderlo. Ayer por la tarde recibí una terrible notificación. El padre Prior de la Quinta Las Margaritas me comunicó que, debido a asuntos fuera de su control, toda reserva- ción dispuesta para ocupar su hospedería se cancela. Tal acontecimiento trunca nuestro retiro. Con un gran pesar indagué si en otras posadas hermanas podrían recibirnos, pero están reservadas. Entenderás mi frustración y el desánimo que causará la noticia en mi grupo pastoral. De momento mi única salida eres tú.

Sé de antemano que Acamoyán está dedicada sólo a religiosos, pero mi situación es desesperada. Reconoz-

co el rigor del padre Kraff en cuestiones de reglamento, sin embargo, sé que podrías influir en él y conseguir que nos hospede.

Te suplico que me ayudes y logres que nos reciban en tu hospedería. Formamos un grupo de seis personas y pretendemos estar los días 23, 24, 25, 26 y 27 de diciembre. Sé que atenderás mi súplica. Y por si mi petición no fuera simple, te pido una respuesta pronta, para tener margen de tomar providencias si tu ayuda no fuese posible.

Tuyo en el Señor.

Ulises Yllán

Una vez que envió el desesperado mensaje sacó los expedientes guardados en uno de los cajones del escritorio y los colocó frente a él. Perteneían a sus cinco pupilos y cada uno contenía una detallada bitácora de un año de pláticas privadas con ellos. Miró su reloj, eran las siete en punto de la mañana, tenía tiempo suficiente para hojearlos una vez más, aunque optó leer sólo la síntesis que extraía el objetivo principal que sus discípulos, y él como su guía espiritual, pensaban resolver en el retiro.

El primero era el de Diego Valdés: “Quiere ser sacerdote”. En esa corta frase Ulises cifró el cometido y la ansiedad de su discípulo. “Su presencia en el retiro servirá para ayudarlo y alentar su vocación”. Ulises cerró el expediente y la pregunta que se formuló le causó un gran malestar: “¿cómo él, que se veía ante la posibilidad de renunciar a la Compañía, podría ayudar a su joven amigo a tomar la decisión de convertirse en sacerdote? ¿Cómo él, que no pudo acatar los mandatos de sus votos, podría invitar a otro a que los aceptara?”

Diego era un joven de apenas diecinueve años, hijo único, huérfano de padre y lo que más deseaba era entrar al noviciado. Poseía el carácter necesario, Ulises estaba seguro, aunque toleraba poco algunos defectos menores de su discípulo, era impuntual y un poco despistado, pero nada que la disciplina no pudiera corregir. Sin embargo, su alumno aún no traspasaba la última barrera, la más compleja que un candidato debería resolver: estar seguro que el llamado a la vida religiosa era un proceso de intimidad personal. Diego manifestó más de una vez sus inquietudes al respecto, “¿cómo saber si la invitación al sacerdocio respondía a los deseos del Padre y no a la neurosis mística del postulante?” En eso radicaba el primer misterio que debía aceptar, pensó. Como parte de sus obligaciones de preceptor espiritual, tenía la obligación de encauzar y ganar para su Orden las vocaciones sacerdotales que entre sus discípulos hubiera, crear las condiciones adecuadas para que más fácil el candidato encontrara el camino a Dios.

Tocó el turno de mirar los expedientes de Rafael y Carmen Aguayo, hermanos gemelos. “Están empeñados en conocer la identidad de su padre biológico”, explicaba la sintética frase de ambas bitácoras y, al leerlas, sintió cierta paz, aunque era un problema puntilloso y delicado. Para su fortuna nada tenía que ver con temas teológicos, su pena está en el ámbito de lo práctico, pensó Ulises. Sin embargo, no pudo evitar repasar en su mente las complicaciones que sus pupilos habían padecido en el pasado reciente. Rafael y Carmen provenían de una familia integrada y amorosa, hijos de un próspero y educado agricultor, propietario de una empacadora de legumbres. Aunque los hermanos crecieron en un

ambiente de opulencia no creían que tal significase una ventaja para bien lograr sus fines. Eran sencillos de espíritu y de maneras, actitud que les permitió acercarse a las obras de caridad de la iglesia local. El sacerdote de su parroquia les habló del centro pastoral de la Compañía, asegurándoles que en ella podrían ejercitar de manera formal su altruismo natural. A los ojos de Ulises eran un ejemplo de jóvenes católicos dispuestos al desprendimiento sincero. Por lo menos hasta dos meses antes del retiro, éste lo ocuparían para elegir la forma de acercarse aún más al servicio social, pero su perspectiva cambió de forma radical gracias a un terrible descubrimiento que destrozó su vida, al grado de ver frustradas sus aspiraciones personales. Su padre sufrió un tonto accidente, una caja de madera mal estibada y llena de legumbres se desplomó cayéndole encima. Una larga astilla se desprendió del guacal y le atravesó la ingle derecha. El médico que lo atendió aseguró que, a pesar de lo aparatosa que resultaba la lesión, ninguna estructura importante resultó dañada. Después de una sencilla intervención quirúrgica lo mandaron a casa. Cumplida la convalecencia, en el último ultrasonido de control vino el desastre. El médico concluyó que todo se encontraba bien y que lo único raro que veía era la atresia congénita de sus epidídimos, afección que sin remedio lo hacía estéril de nacimiento. ¿Cómo entonces tenía dos hijos? Muy contrariado revisó sus años de matrimonio y los encontró felices. La necesidad de saber la verdad lo llevó a confrontar a su esposa, y ésta, agobiada por la contundencia de las pruebas tuvo que confesar la verdad: se casó con él sin amor, sólo para olvidar la desolladura del corazón que otro hombre le había causado; dicho hom-

bre la abandonó sin dar explicaciones. El sufrimiento que supone el olvido lo guardó con discreción lapidaria y nadie sospechó. Ya casada regresó aquel hombre, la juventud y las alucinaciones del amor la hicieron cometer adulterio hasta que se supo embarazada. Entonces decidió irse con el amante, pero éste se negó y la dejó para siempre. La duda de quién de los dos era el padre de sus hijos la atormentó durante el embarazo y los primeros años, pero se disolvió conforme sus pequeños desarrollaron un sorprendente parecido físico con ella. Descubierta la verdad, la esposa pidió un desesperado voto de confianza a su marido. Sin embargo, aquella misma noche el señor Aguayo le pidió el divorcio. La vida de Rafael y Carmen cambió de rumbo, el padre amado no lo era de verdad, su madre había sido capaz de mantenerlos en una gran mentira y, además, existía un hombre al que no conocían: su verdadero padre. Las inquietudes vocacionales que resolverían en el retiro cambiaron por otras más trascendentales: ¿entender los motivos que tuvo su madre para casarse sin amor? ¿Qué pasaría con su padre? ¿Dónde estaría su padre biológico? Ulises sintió compasión por sus discípulos y confió en que fueran capaces de tomar las mejores decisiones al respecto, ¿qué más podía hacer?

El siguiente expediente pertenecía a Andrea Fierro. “Quiere dejar atrás una vida llena de contratiempos familiares y encontrar el camino para conquistar un futuro armonioso”. La frase era muy ambigua, pensó Ulises. No reflejaba con la exactitud que él hubiera querido los problemas de su discípula. Andrea le resultaba una chica atractiva y solitaria, su padre era alcohólico, violento e intolerante; su madre desentendió muchas de

sus funciones con el pretexto de verse obligada a trabajar el día entero para llevar comida a casa y su descuido llegó al grado de negarse a atender al hermano menor, de nombre Ricardo, quien murió de tuberculosis a los cuatro años de edad. Andrea sufría los estragos del abandono. Había llegado a la pastoral buscando amigos que la ayudaran a soportar su infame vida. Tenía años sumida en una depresión que le impedía relacionarse adecuadamente en la sociedad. Ulises hizo un alto en sus pensamientos, sabía y aceptaba que Andrea encontró en él más que un amigo, más que un guía espiritual, y eso poco a poco lo invitó a complacer las más insignificantes peticiones de su alumna, al grado de sentirse indispensable para ella.

El siguiente fólter era el de Sonia Viridien. Ni siquiera se molestó en consultarlo. Sonia tenía veinticinco años, diseñadora de gran talento, llegó a la pastoral muy dolida por el rompimiento con su novio, amante, rectificó Ulises en silencio. Su amante... un maestro de la universidad que la cautivó de inmediato y, sin importarle que tuviera esposa e hijos, se entregó a él ilusionada y maravillada con el dulce sabor del pecado. El amante la dejó después de cinco meses de relación. Llegado el momento de la separación, el maestro pretextó la diferencia de edad y de no querer dejar a su mujer. Ulises se negó a seguir pensando en ella, no en tales términos. En esos momentos escuchó que llamaban a su puerta.

—Pase —dijo Ulises.

Quien tocaba a su puerta era el padre Rubén Arándano, Superior de la casa y su guía espiritual desde hacía más de diez años. Lo admiraba, pues en él veía a un verdadero y comprometido sacerdote en el que con-

fiaba plenamente y era la única persona que conocía el terrible trance por el que pasaba; ni siquiera su propio hermano estaba al tanto de su desgracia... y pronto tendría que confesárselo.

Rubén Arándano entró a la habitación. Al viejo sacerdote no le sorprendió que su joven compañero estuviera listo para recibirlo, Ulises era un ejemplo de la disciplina que la Compañía exigía a sus integrantes.

—Te ves cansado —afirmó Rubén mientras se sentaba en la silla vacía del otro lado del escritorio.

—No dormí bien, las preocupaciones son muchas.

—Me imagino. ¿Ya mandaste el correo?

—Hace un rato.

—¿Qué vas a hacer si no logras que los reciban en Acamoyán?

—No sé, tengo la esperanza de que mi hermano pueda hacer algo.

—Estás a tiempo de desistir.

—No. Este retiro es muy importante para mí y bien lo sabes.

—Tal vez Dios no desea que lo realices.

—Ha llegado el momento de enfrentar la situación.

—Ella va a estar ahí y su presencia podría ser un estorbo para que tomes las decisiones adecuadas.

—Sin pensar en mis propias necesidades, mis discípulos se han esforzado en construir un proyecto de vida, ven este retiro como la oportunidad de confirmarlo, es mi deber no defraudarlos.

—Confío en tu juicio y espero logres un espacio en Acamoyán —dijo Rubén poco convencido—. Me preocupa que los problemas de tus discípulos no sean

tu prioridad; si tu hermano logra hospedarlos también deberás pensar en ti, lo que te restará disposición para escucharlos y orientarlos de la mejor manera, sobre todo a Diego. La Compañía necesita vocaciones y es tu deber no pasar por alto a ningún candidato.

—Entiendo mis responsabilidades —dijo Ulises molesto—. Sé que Diego es la prioridad del retiro... pero no mi prioridad.

—Aún perteneces a la Compañía, no lo olvides.

—Háblame con sinceridad. ¿Nunca amaste a una mujer?

Ulises cambió el tema de la charla y a Rubén no le pareció extraño.

—Sí, alguna vez, de joven, al igual que tú, y agradezco al Señor la vocación genuina que me brindó para no dejarme vencer.

—Sería difícil aceptar que he vivido una vocación equivocada.

—No seas intolerante con tus propias debilidades. Has servido a la Compañía y ella te ha servido a ti. ¿Has olvidado la propuesta que te hice hace algunos meses? —preguntó Rubén.

—Nunca estaré de acuerdo.

—¿Por qué no? Prueba, tómate unos días. Vete con la chica de vacaciones, consume tu deseo. Estoy seguro de que tu vocación se reafirmará.

—No se trata de probar para convencerme. Mi amor por ella es legítimo y el respeto por la sotana también. No es un buen consejo el tuyo, un religioso tan notable.

—No es un consejo de sacerdote, es de hombre. Los tiempos son otros, los retos que enfrentan los sa-

cerdotes de hoy han cambiado —contestó Rubén—. Ahora bien, ojalá en el retiro puedas encontrar las respuestas que buscas. Salir de la Compañía no es ninguna desgracia. Muchos lo han hecho antes.

—Estar enamorado es mi desgracia.

—El amor nunca será un tropiezo.

—Entonces, ¿por qué me siento miserable?

—Porque estar enamorado, y no el amor, es una experiencia que no estaba contemplada en tu proyecto de vida.

Ulises escuchó con gran dolor el último comentario de su preceptor y no logró evitar, una vez más, repetir lo que tantas veces había hablado con él.

—No supe cómo me fui enamorando de ella. Llegó tan vulnerable, su deseo de dejar atrás el pasado y vencer sus dificultades son tan claras, te juro por Dios que no sé cómo empezó a encender mi deseo. El control se me escapaba al estrecharla un poco más de lo necesario en el abrazo fraterno, me interesaba buscarle la comisura de los labios en el beso de saludo.

—Y sin duda ella lo notó y a ti no te importó que tu vocación pudiera salir raspada —dijo Rubén convencido de que Ulises no estaba listo aún para enfrentar esa clase de afectos—. Recuerda que nunca te has acostado con una mujer, puede ser que tu psique ande sólo en busca de esa experiencia y te niegues a aceptarlo.

—Sigues pensando que lo que siento por ella es deseo y no amor.

—También resultaría muy peligroso que no pudieras distinguir entre el amor de hombre y el amor paternal. La chica puede estar confundida. Sin importarle tu investidura te ha seducido, y con éxito, tal vez de manera

inconsciente, pero no lo creo. Ha percibido tus requiebros, el temblor en tu mirada, el interés en tus muchas atenciones. A mi parecer te abrió el corazón antes de tiempo y con mucha imprudencia, te dijo que te amaba, qué mejor excusa para ti mismo, ten cuidado. Mira bien hasta dónde te ha afectado su proceder, al grado de convertir el retiro no en un espacio para analizar una experiencia espiritual comunitaria, sino para que tú decidas salir o no de la Compañía, apenas con la esperanza de ser feliz a su lado. Lo que ella tiene que perder no es nada comparado con la importancia de tu determinación.

—Eres tan frío —dijo Ulises.

—¿Cuándo esperas las noticias de Ireneo? —preguntó Rubén con la intención de dejar el tema de lado.

—Hoy mismo, por la noche.

—Muy bien, así sea —Rubén miró su reloj y dio por terminada la conversación—. Pido que Dios te dé la respuesta que buscas, y que ella no esté equivocada también.

Esa tarde Ulises se reuniría con su grupo, aún quedaban detalles por resolver y vio prudente no comentarles el hecho de haberles cancelado el hospedaje en la Quinta Las Margaritas y que aún no tenía seguro el alojamiento en el monasterio de Acamoyán.

A las cinco salió en dirección a la calle de Puebla, donde media hora más tarde daría inicio la reunión. La pastoral ocupaba el segundo piso de un moderno edificio de la Compañía. Un gran espacio dividido en varios cubículos que albergaban a las distintas comunidades de jóvenes católicos que se congregaban dos veces a la semana para, mediante la intermediación de sacerdotes jesuitas, encontrar juntos el camino de amor que les lle-

varía a la comunión con Jesús y su mensaje. El lugar se encontraba lleno de adolescentes que platicaban en el área destinada para la convivencia de los grupos. Buscó entre los presentes la cara de algún miembro de su comunidad. Una voz femenina, que reconoció de inmediato, desvaneció la angustia. Se trataba de Andrea, quien al tenderle la mano para saludarlo expuso su mejilla para que Ulises le diera un beso. Detrás de ella descubrió a Carmen y a Rafael cruzar por la puerta y sólo en ese momento recordó que había convenido con ellos una charla al terminar la reunión. Los cuatro entraron a la pequeña sala y se sentaron sobre la alfombra; Ulises hizo preguntas ordinarias con la intención de dar algunos minutos de margen para que llegaran los dos integrantes que faltaban. Veinte minutos después, retrasado como siempre, entró Diego.

—Oye Ulis, hablé con Sonia, pide disculpas, no puede venir a la reunión, que por favor te comuniques con ella más tarde —le informó Diego.

Ulises repasó las actividades programadas para el retiro comunitario; entre ellas estableció la dinámica de las charlas comunes y privadas que mantendrían durante su estancia espiritual. La rutina se rompería la Noche Buena, escucharían la misa de Natividad y al terminar compartirían una cena formal. Ulises, tal como lo decidió, omitió el detalle de no tener seguro un lugar dónde celebrar el retiro, aún tendría con ellos otra sesión en donde, si fuera necesario, cancelarían el proyecto entero. Llegada la hora de despedirse, Andrea le solicitó unos minutos a solas, pero no tenía deseos de hablar con ella, no en ese momento, justo cuando más necesitaba ocultar sus emociones. Le pidió paciencia, pues antes quería hablar con

Rafael y Carmen. Ella, molesta, accedió a esperar. Ulises buscó un lugar apartado y llamó a sus discípulos.

—¿Les parece que hablemos en la biblioteca? Ahí estaremos a solas —propuso Ulises.

—Mejor vamos a la cafetería de la esquina —dijo Carmen.

Ulises quiso disculparse con Andrea, pero al verla platicando con otros miembros de la pastoral, algo en su interior le dijo que era mejor evitarla, ya tendría tiempo de sobra para ella en el retiro, así que tomó la decisión de escabullirse sin avisarle. Caminaron hasta la cafetería, buscaron una mesa desocupada y, una vez que ordenaron el café, Carmen se dispuso a dar las nuevas noticias.

—Tal vez no podamos asistir al retiro. Mi madre recibió hoy por la mañana la visita del abogado de papá —dijo Carmen turbada—. Antes de venir a la reunión mamá nos reveló algunos datos increíbles. No sabemos qué pensar.

—No encontramos la manera correcta de actuar, más aún con las recientes confesiones. No sabemos si son más mentiras —dijo Rafael.

—Deseamos ir al retiro, pero hacemos falta en casa —apuntó Carmen.

—Dios mío, cuántos problemas más tendré —exclamó Ulises pensando más en el retiro que en las confidencias que les hizo la madre a Rafael y a Carmen.

—¿Has tenido contratiempos? —preguntó Rafael.

—Ayer me cancelaron las reservaciones en la Quinta Las Margaritas —decirlo le dio a Ulises un soplo de tranquilidad—. Hoy por la mañana escribí a mi hermano, tal vez él pueda recibirnos en la hospedería de

Acamoyán. Pero no es nada seguro —confesó Ulises.

—¿No es ahí donde ustedes realizan sus ejercicios espirituales? —preguntó Carmen.

—Ahí mismo.

—Si tu hermano está a cargo, encontrar hospedaje será más fácil —afirmó Rafael.

—Mi hermano es la mano derecha del Superior de la casa, el padre Gregory Kraff...

—El padre ¿qué? —interrumpieron a una voz.

—Gregory Kraff. ¿Lo conocen?

—No —dijo Carmen contundente.

Los tres callaron sumidos en sus propias reflexiones. Rato después Ulises se disculpó, necesitaba ir al baño. De regreso, se percató de que Rafael y su hermana no tenían ánimos de seguir hablando. Prudente, no preguntó nada. Pidió la cuenta y salieron de la cafetería.

Ulises entró agotado al departamento. Se detuvo frente al corcho de los recados. Varias notas se encontraban pinchadas, algunas eran para él. Te habló Sonia Viridien y Andrea Fierro. Llamó tu hermano Ireneo, él te habla a las 23:30 hrs. El mensaje de Sonia le apaciguó el ánimo y el de su hermano lo dejó expectante. Su reloj marcaba las nueve cuarenta. La cena se serviría a las diez. En su habitación marcó el número telefónico de Sonia.

—Encontré un mensaje tuyo —dijo Ulises apenas escuchó la voz de su discípula.

—Intenté hablarte por la mañana pero no tuve oportunidad, me llegó trabajo extra y no pude negarme a hacerlo, sabes que me fue difícil conseguir el permiso para faltar a la oficina durante el retiro.

—Pero sí tuviste tiempo de hablarle a Diego.

—Yo no lo hice, él se comunicó para saludar, sólo eso, aproveché la llamada y le pedí que te avisara que no podría ir a la reunión. ¿Cómo anda tu agenda para mañana? ¿Comemos juntos? —propuso Sonia—. En la fonda que está en la esquina de tu oficina. A las tres.

Ulises apresuró la llamada por temor a que su hermano intentara comunicarse antes de la hora pactada. A las diez en punto se encontró con el resto de sus compañeros de comunidad, todos hablaban de los preparativos personales para sus festejos navideños. Pudo sacar a cuenta que sus colegas no padecían complicaciones e intentó, sin lograrlo, contagiarse de su ánimo. Poco antes de las once sonó el teléfono. Ulis, te habla Rafael, alguien gritó desde la sala.

—¿Qué pasó, cómo llegaron? —preguntó Ulises.

—Ya lo pensamos mejor, sí vamos al retiro.

—Entonces dejemos en manos de Dios y de mi hermano que Acamoyán nos reciba.

Ulises quiso recostarse un momento mientras aguardaba la llamada de Ireneo, pero no fue posible, Rubén lo buscó.

—Necesito pedirte un favor.

—Tú dirás —contestó Ulises.

—Perdonarás mi premura pero es un asunto que apenas salió hoy por la tarde. Se trata de un joven un tanto desorientado, tiene veintitrés años y hace unos meses salió del reclusorio. Permaneció poco menos de un año; la condena era de tres. Lo soltaron por buena conducta y un poco por la intervención de la Compañía. Lo metieron por robo. Sin embargo es buen muchacho, las condiciones de vida que tiene lo confunden.

—¿Qué le pasa?

—Papá ausente, muchos hermanos, madre analfabeta. Tiene potencial —dijo Rubén—. Me interesa que alguien lo ayude; aunque se va a resistir, pasa por una severa crisis.

—¿Religiosa?

—De vida. De fe en la vida —recalcó Rubén—. Este es el momento de encauzarlo.

—¿Y qué papel juego en este asunto?

—Llévalo a tu retiro.

—Imposible. Sabes bien que es condición estar integrado al grupo.

—Tienes razón, sin embargo, veo importantísimo apoyarlo, podrías asignarle actividades personales fuera de tu proyecto.

—Veo mucho interés en tu petición. ¿Qué hay detrás?

—Es sobrino del padre Arreguín, el director de publicaciones religiosas de la Orden. Se siente con mucha responsabilidad con el muchacho. Desde que salió del reclusorio lo ha tomado bajo su tutela.

—¿Cómo está el parentesco? —preguntó Ulises.

—El papá ausente es hermano de Arreguín.

—¿Dices que la esposa es analfabeta?

—No se trata de la esposa. El chico es hijo de una antigua sirvienta.

—Bien, y... ¿cómo se llama nuestro sobrino?

—Jorge Arreguín.

—Dime cómo localizarlo y de inmediato lo entrevisto.

—Viene mañana a comer.

—¡A comer! —al instante Ulises recordó el compromiso con Sonia.